

¿Hacia la superación del conflicto Norte-Sur?

Juan Antonio Irazábal, SJ.*

Técnica, Ética, Política

SUPERAR un conflicto sólo puede significar solucionarlo. En el tema que nos ocupa, significaría nada menos que superar el enorme contencioso entre el Norte y el Sur y encontrar una solución a la masiva marginación en la que vive gran parte de la humanidad.

Salta inmediatamente a la vista el carácter netamente utópico del objeto de esta reflexión. ¿Cómo puede hablarse de superación del conflicto Norte-Sur cuando no cesa de ahondarse la brecha que separa a los dos hemisferios?

Sin embargo, la misma ingenuidad del título de este artículo nos pone también ante otra realidad que tampoco es posible ignorar: la realidad de una aspiración que comparten muchísimas personas en nuestro mundo, la

* Redactor-jefe de *Mensajero*. Bilbao.

aspiración de que dicho conflicto Norte-Sur sea un día efectivamente resuelto. Esta aspiración la comparte el 80% de la humanidad que está soportando las consecuencias de dicho conflicto.

La cultura actual, basada en la ciencia y la técnica, nos ha acostumbrado a tener en cuenta solamente los datos cuantitativos de cualquier experiencia, por ejemplo, el Producto Interior Bruto de cada país. Pero esta misma cultura reprime otras experiencias no menos reales que las cuantificables, como puede ser la experiencia de una aspiración a vivir en un mundo en el que por fin quedan superados conflictos tan graves y tan masivos como este que opone a los países ricos y a los menos desarrollados.

Dicho en los términos clásicos de la filosofía, nuestra cultura nos condiciona a aceptar como válidos solamente los datos y la lógica de la experiencia sensible y científica, en cambio tiende a ignorar los datos que pertenecen a los que Kant llamaba «la razón práctica», es decir, esa aspiración a llegar al reinado de los principios éticos de alcance universal.

Así, pues, el título de este artículo se sitúa de lleno en el terreno de la «razón práctica», es decir, en el terreno de los imperativos éticos de alcance universal. Y un imperativo ético de alcance universal nos hace desear que lo que es válido, justo y bueno para los hombres y mujeres del Norte se considere también válido, justo y bueno para las mujeres y los hombres del Sur.

Sin embargo, el reconocimiento de la dimensión ética de este problema no nos permite caer en propuestas simplistas, como podrían ser las que ignoran los condicionamientos económicos, y técnicos en general, o las que caen en esa forma de maniqueísmo que imagina que todos los derechos se encuentran de un lado y todas las injusticias del otro.

Por ello, y para mantenernos en contacto con la realidad, empezaremos recordando lo que la superación del conflicto Norte-Sur exige concretamente, en el terreno político y en el económico, de cada uno de los «bloques».

Lo que cabe esperar de los países ricos

Y, para barrer primero nuestra propia casa, antes de barrer la del vecino, veamos lo que exige de nosotros, los habitantes del Norte, la superación de este conflicto.

Los países del Norte tendrían que aclarar cuáles son las reglas de juego que practican y las que pretenden imponer al resto del mundo. En teoría sus reglas de juego son las del *libre mercado*: la libre competencia en la calidad y

precio de los productos sin intervención de los gobiernos o del sector público en general. Ésta es la teoría que proclaman los países ricos.

Pero la realidad es bastante diferente. Las agriculturas de los países desarrollados, por ejemplo, no funcionan de esa manera. De todos es sabido que la mitad del presupuesto de la Unión Europea se dedica a la agricultura, es decir, a *subvencionar los productos agrícolas*. Los agricultores europeos y norteamericanos no viven solamente de lo que ganan en el libre mercado, nacional e internacional, sino también de las subvenciones que reciben del Estado. Esto es lo que se hace de fronteras adentro.

Sin embargo, de fronteras afuera, no sólo se predica el libre mercado, sino que se obliga a los países del Sur a abrir sus mercados a los productos agrícolas subvencionados del Norte. A sabiendas de que un nivel de vida digno para los agricultores y la paz social no son posibles en sus propios países sin subvenciones públicas, exigen que los Estados menos desarrollados expongan sus agriculturas a los riesgos de una competencia desleal.

Pero aún hay más. La batalla por los mercados agrícolas no tiene un alcance meramente económico, sino también estratégico. Como dice la sabiduría popular, «por la boca muere el pez». La alimentación se ha convertido en arma política, en *instrumento de conquista*. De esta manera, unos pocos países del Norte se han descubierto una nueva vocación: la de alimentar al mundo entero, que es lo mismo que tener a todo el mundo atrapado por la boca. La misma ayuda alimentaria constituye un arma de dos filos: es «*pan para hoy, hambre para mañana*»...y cliente atado de pies y manos para largo tiempo.

Y, a la inversa, es práctica generalizada en el Norte, poner *aranceles* lo suficientemente altos como para frenar la entrada de los productos agrícolas del trópico: fabricamos un azúcar más caro de remolacha y no dejamos entrar el azúcar más barato (pero de igual o mejor calidad) de caña. En España se protege el plátano de Canarias contra los plátanos africanos y latinoamericanos.

Es claro, pues: el actual sistema de comercio controlado por los países del Norte constituye una imposición basada no en la equidad sino en la fuerza, y debería cambiar radicalmente.

Pasemos ahora el problema de la *deuda externa*, que se encuentra en el centro mismo del conflicto Norte-Sur, una deuda que se viene pagando desde hace más de 20 años y que nadie es capaz de predecir cuándo podrá ser saldada. En defensa de esta situación se ha repetido muchas veces que la condonación de la deuda iría en contra de todos los principios de la economía, porque contribuiría a echar por tierra la esperanza del acreedor de poder recuperar sus préstamos, y esta esperanza constituye la base misma de un

factor tan importante de la economía como es el crédito. Una vez más, la sentencia inapelable es: «*cúmplanse las leyes del mercado*».

Sin embargo, también para el prestamista debería valer aquella otra ley del mercado que dice que los riesgos de una operación financiera los tiene que asumir quien los ha buscado con ánimo de lucro. Ahora bien, los Estados del Norte cargaron con los créditos inseguros que muchos bancos privados habían concedido muy a la ligera a los países del Sur. Una vez más, el liberalismo, en contra de sus principios, pidió ayuda a la mano bien visible del Estado.

Las *intervenciones del Estado neoliberal* para salvar a sus banqueros siguen siendo moneda corriente. Basten dos ejemplos. La Reserva Federal de Nueva York intervino a fines del año pasado para salvar a la *Long Term Capital Management*, que había especulado alegremente en los mercados asiáticos. Un detalle más que anecdótico de este caso es que en dicha compañía trabajaban los dos premios Nobel de Economía 1997 (Robert Merton y Myron Scholes), que habían sido galardonados por sus trabajos sobre «la optimización de beneficios en los mercados financieros» (1). Segundo ejemplo de recurso al «brazo secular»: para gran indignación de los ciudadanos mexicanos, el Estado decidió convertir en deuda pública la deuda de los grandes bancos atrapados por la última gran crisis mexicana.

Ortodoxias liberales aparte, ¿es razonable privar casi de toda posibilidad de invertir y, por tanto, de modernizarse a tantos países, sobre todo los más pobres, ahogados por la deuda? No decidirse a buscar una salida efectiva a la deuda equivale a enquistar definitivamente el conflicto Norte-Sur. Y, como consecuencia, es aceptar que la economía del Norte siga funcionando a media máquina y con gran número de parados por falta de países capaces de adquirir sus productos.

De esta manera, se llega a la situación absolutamente paradójica de un flujo neto de capitales favorable al Norte. Cada año 50.000 millones de dólares salen del Sur con destino al Norte. El pobre da al rico: otra expresión clara de las paradojas de la deuda externa.

Finalmente, el Norte tiene que reconsiderar también su *ayuda a los países del Sur*. Reconsiderar no sólo el monto de su ayuda, sino sobre todo el sistema mismo de su ayuda pública. Un solo ejemplo: tras los graves errores y fracasos que han cosechado este último lustro en su política africana, los franceses, sobre todo los sectores más comprometidos, están criticando los métodos de su Ayuda Pública al Desarrollo, y han descubierto que solamen-

(1) Bernard Cassen: «Le bateau ivre de la finance», en *Le Monde diplomatique*, nov. 1998, p. 6.

te un 5% de dicha ayuda servía efectivamente a los países en desarrollo; el resto eran negocios privados y chanchullos políticos (2).

Deficiencias de los países pobres

HASTA aquí, he recordado brevemente un par de factores que, desde el Norte, contribuyen a mantener enconado el conflicto Norte-Sur. ¿Es posible determinar cuál es la parte de responsabilidad del Sur en la grave situación por la que atraviesan sus relaciones con el Norte? Con el temor y temblor propios de quien se mete a dar lecciones a otros, pueden señalarse algunos puntos débiles en la manera como el Sur se hace presente en nuestro mundo.

Muchos países del Sur, recientemente accedidos a la independencia, están muy ocupados en una necesaria etapa de autoafirmación de sus culturas y de sus nacionalidades. Por otra parte, cuentan con recursos limitados para hacerse presentes en la comunidad internacional. Debido a ello, tal vez no toman conciencia suficiente del contexto extremadamente competitivo de nuestro mundo.

Los países del Sur siguen esperando demasiado de la intervención y de la ayuda de las grandes potencias. Las visitas de un Chirac o de un Clinton constituyen todavía verdaderos acontecimientos sin proporción con los pobres resultados que producen, cuando no contribuyen a avalar políticas francamente perjudiciales, como sucedió con la gira africana de Clinton el año pasado, en la que dio el espaldarazo a los jefes del Estado de los dos bandos que hoy se hacen la guerra en la RD del Congo.

En el terreno económico, estos países deberían dar la prioridad a las masas que constituyen la mayoría de su población, que es lo mismo que decir que deberían dar la prioridad a la agricultura, puesto que todavía cuentan con mayoría de población rural. No pocas veces al proteccionismo agrícola del Norte, el Sur responde con una gran *desprotección de sus agriculturas*. Y sin embargo esas masas rurales deberían constituir el primer objetivo de su desarrollo humano, su primer motor económico y su primer mercado. Por desgracia, lo que se encuentra en muchos de ellos es un campesinado sin tierras, sin recursos, sin apoyos oficiales, sin créditos y sin medios de producción rentable (3).

(2) François-Xavier Verschave: *La Françafrique, le plus long scandale de la République*, Stock, París, 1988.

(3) Edgar Pisani: *África en la encrucijada*. Mensajero, Bilbao, 1995; cap. 3: «Prioridad a la agricultura», p. 97-122.

Por otra parte, hoy se oye hablar muy poco de panafricanismo o de panamericanismo latinoamericano. La herencia de Bolívar y la de Nkruma'h están prácticamente olvidadas. Los ciudadanos se dejan atrapar en la trampa de nacionalismos estrechos y de unos *mercados*, los mercados nacionales, muchas veces *prácticamente inviables*.

Más aún: la misma solidaridad nacional, en el interior de un mismo Estado, suena a veces a lejanísima utopía. Me refiero sobre todo a lo que ha sucedido durante la presente década en no pocos países de África. Ruanda y Burundi, Liberia y Sierra Leona, los dos Congos, Guinea Ecuatorial y Angola: en todos estos países el mayor enemigo es el conciudadano que no pertenece a la misma tribu o al mismo partido. Este enemigo doméstico es sometido a hambrunas sistemáticas, cuando no es exterminado por millares, hasta por decenas de millares. Habría que leer las descripciones que hace Sylvie Brunel, la gran especialista en problemas alimentarios, de ciertos conflictos africanos, en su libro *Seguirán muriendo de hambre* (4), para comprender hasta dónde puede llegar la falta de solidaridad y la negación del otro, del otro que es al mismo tiempo el conciudadano.

Estos conflictos están sacando a la luz unas *gravísimas carencias en materia de solidaridad*. Dicho de manera más radical, lo que más se está echando en falta en no pocos países del Sur (incluida evidentemente la India de las castas) es la conciencia de sentirse obligado de una manera absoluta al respeto de la vida y de la persona de cualquier conciudadano.

El Sur ha de superar las muy estrechas solidaridades del clan, la tribu, la casta, el partido o la raza, aunque sea simplificando un poco, que muchas veces es una raza, la raza blanca descendiente de los conquistadores, la que a través del sistema de latifundios, del mantenimiento en el poder por métodos irregulares, de las oligarquías, etc., está monopolizando los recursos y dejando en la miseria a los autóctonos, a los descendientes de los esclavos y a otros pobres. En América Latina no se reparte la tierra, por ello se teme a los obreros agrícolas. Entonces, para evitar la mano de obra agrícola, se monta una agricultura en plan industrial y orientada hacia la exportación, que deja en el paro y en la miseria a los sin tierra y priva al país de un mercado interno necesario para su propio desarrollo.

Es obligado reconocer que el Norte lleva como un siglo de ventaja al Sur en el terreno de las solidaridades internas, las que fueron surgiendo de los conflictos sociales del siglo pasado y del actual y las que ha creado la consti-

(4) Mensajero, Bilbao, 1998, p. 157-169.

tución de unos mercados, primero a nivel estatal y ahora (como en el caso de la Unión Europea) a nivel continental.

Solidaridad en la «aldea global»

HASTA aquí he recordado las contradicciones del sistema que el Norte pretende extender al mundo entero y la gravísima falta de solidaridad interna que afecta a la mayoría de los países del Sur. Quisiera ahora llamar la atención sobre el hecho de que la coexistencia del Norte y del Sur en una misma «aldea global» impone a todos acceder a un plano auténticamente universal en nuestras relaciones mutuas.

Probablemente es *en el terreno ecológico* donde los ciudadanos del mundo entero están adquiriendo una mayor conciencia de sus derechos y obligaciones a nivel planetario.

El Norte, sobre todo Estados Unidos, sigue siendo el campeón de la contaminación atmosférica. A pesar de ello, sigue difundiendo de manera solapada la idea de que es el Sur el que, con su crecimiento demográfico, pone en peligro la supervivencia del planeta.

A este respecto, resulta muy significativo el caso del *Worldwatch Institute* de Washington y de su director Lester Brown, considerado por el *Washington Post* como «uno de los pensadores más influyentes del mundo actual». Cada año este Instituto publica un informe titulado *State of the World*, destinado a los miembros del Congreso norteamericano, a las 500 primeras fortunas del país y a los participantes en el foro económico mundial de Davos; dicho informe se traduce a 27 lenguas y se difunde en todo el mundo. Pues bien, el Instituto y sus informes llevan ya un cuarto de siglo haciendo predicciones cargadas de ideología: por los años 70 predijeron la desaparición de Asia como consecuencia de hambrunas generalizadas, y diez años más tarde, predijeron el irremediable distanciamiento entre la producción y el consumo alimentario mundiales. Una y otra vez los hechos desmintieron sus predicciones apocalípticas, pero no por ello parece cuestionarse la autoridad de quien se presenta como el nuevo guru medioambiental de Occidente (5).

Hoy, los especialistas saben que el crecimiento demográfico se está ralentizando y tiende a estabilizarse (6), que las hambrunas no tienen nada que ver con una hipotética saturación de las posibilidades productivas de

(5) Sylvie Brunel: obra citada, p.21-23.

(6) Fondo de las Naciones Unidas para la Población (FNUAP), *Estado de la población mundial*, septiembre 1998.

nuestro planeta, sino con una mala distribución de la riqueza, que la producción de alimentos está creciendo más que la población, y que el mejor anticonceptivo que se puede ofrecer a los países pobres es el desarrollo humano (sanidad, instrucción escolar, etc.) (7). Pero hay mucha gente a la que no interesa esta información. Lo que les interesa es tener un chivo expiatorio al que cargar con las culpas de este mundo de desorden y sus graves problemas ecológicos. Y este chivo expiatorio es el otro, es el Sur, es «el peligro amarillo», como se decía hace décadas, o «las masas hambrientas e incultas» que amenazan con invadirnos.

Lo «interesante» de esta ideología es que nos permite seguir en el Norte disfrutando sin problemas de conciencia de un consumo que sería literalmente mortal para nuestro planeta si se extendiera a todos sus habitantes. Así, pues, nuestro modelo económico ni es el mejor ni es el único posible. Al contrario, nuestro estilo de vida sólo es posible a condición de que los demás no lo adopten. O sea, nos encontramos ante la *negación misma de la universalidad*. Si Kant levantara la cabeza, diría que nuestra situación es radicalmente inmoral.

En una palabra, la superación, la solución del conflicto Norte-Sur pasa por un planteamiento ético del problema. Los planteamientos actuales no son eficaces fundamentalmente porque en la práctica no aceptan la universalidad o la igualdad de derechos y obligaciones entre todos los hombres. Ahora bien, el problema ecológico es un problema global, universal.

Esta conclusión no resulta aceptable para nuestra sociedad. De ahí que la misma sociedad esté segregando una serie de ideologías que, de manera subliminal, intentan justificarnos ante semejante situación.

Una de estas ideologías es la de la «falta de alternativas». En la época de los dos bloques (Este y Oeste) la alternativa al capitalismo era el comunismo. Ahora que el comunismo ha desaparecido, la situación actual dicen no tiene alternativa posible. «*Lo toma o lo deja*»: ésa parece ser la única alternativa real. «Si lo toma, no proteste. Y, si lo deja, queda usted condenado a las tinieblas exteriores: no hay progreso posible fuera del neoliberalismo imperante».

Fukuyama, con su libro y su teoría de *El fin de la historia*, es un representante típico de esta manera de pensar. No sólo no hay alternativas, sino que el actual sistema neoliberal es la cima del progreso socioeconómico, es el resultado final de la gran dialéctica de la historia humana. El pensamiento

(7) René Valette, *Le catholicisme et la démographie. Église, population mondiale, contrôle des naissances*, Les Éditions de l'Atelier, París, 1996 (de próxima aparición en Ediciones Mensajero).

se ha hecho único. No se puede pensar de otra manera. No hay posibilidades de cambio. Se trata solamente de aceptar lo que tenemos. De esta manera, hemos entrado en *la utopía del statu quo*. Lo que ahora tenemos es lo mejor. Lo mejor, es preciso añadir, para el 20% de la población mundial. Una vez más, desembocamos en la negación de la universalidad de los derechos y deberes éticos.

Actitudes sociales

SEMEJANTE negación de alternativas se traduce en la práctica, dentro de nuestra sociedad, en una actitud *adaptacionista*, como la llama el sociólogo José María Mardones. Individuos y Estados tratan de adaptarse a lo que hay, sin pedir demasiado a las circunstancias. «Los que vivimos bien no tenemos ganas de que las cosas cambien demasiado» (8). Es lo que el gran economista Galbraith denomina la «*La cultura de la satisfacción*» (título de una de sus obras). En el fondo, la «flexibilidad» que hoy se exige de todos los políticos no es más que una expresión de esta actitud adaptacionista.

En el Norte hemos alcanzado cierto grado de solidaridad dentro de nuestros Estados (los llamados Estados del bienestar) y no parece que estemos dispuestos a que se exija de nosotros una solidaridad más extensa. Tendemos a funcionar como una «*solidaridad sociológica cerrada*» —en expresión del profesor de Ética Xabier Etxeberria (9)—, y reservamos nuestro comportamiento equitativo solamente para aquellos que conviven en las fronteras del mismo Estado. Pero no queremos tener en cuenta el hecho de que nos estamos beneficiando de nuestra posición de fuerza respecto a otros países y que compartimos con ellos un mismo porvenir en esta tierra.

Es cierto también que, en nuestro país, no todo es «pensamiento único». La manera como reaccionamos ante las catástrofes naturales (sobre todo, recientemente, ante las consecuencias del huracán *Mitch*) nos sitúa casi a la cabeza de la solidaridad internacional. Nuestra «cultura de la solidaridad» reacciona positivamente ante el espectáculo del sufrimiento humano que nos ofrece frecuentemente la televisión. Pero, según Mardones, «posee escasa sensibilidad para todo lo que es la dimensión socio-política de la solidari-

(8) J. M. Mardones, R. Díaz-Salazar, M. Czerny, X. Etxeberria, I. Zubero y P. Sasía, *Hacia una sociedad más solidaria*, Mensajero, Bilbao, 1998, p. 23.

(9) Obra citada, p. 70.

dad» (10). No lleva a cabo un análisis racional de las causas objetivas de ese sufrimiento, sino que se queda en un plano fundamentalmente emotivo.

De ahí probablemente el matiz bastante subjetivo de tal solidaridad. Mardones cita como sintomático el caso de un cooperante que declaraba con la mayor naturalidad que lo que hacía en favor de los desheredados lo hacía sobre todo por sí mismo, porque haciéndolo se sentía bien y porque ese trabajo le llenaba. Hoy se invocan mucho las ganas personales, el gusto personal y el autodesarrollo. Hoy a la solidaridad se le pide un elemento cálido que ayuda al propio desarrollo personal.

Las democracias convierten a cada ciudadano en un político, en la medida en que todas las decisiones políticas se toman en nombre del ciudadano. En este sentido, a todos nos salpican las acusaciones de cinismo que a veces se dirigen a nuestros gobernantes. Así, por ejemplo, Emma Bonino, premio Príncipe de Asturias del año pasado, hablando del exterminio de refugiados hutus en el Congo, decía hace unos meses: «No veo mucho valor, ni emoción, ni transparencia en el modo en que la comunidad internacional sigue administrando esta crisis. Hay, por el contrario, cobardía, mucha mentira y una gran dosis de cinismo».

En esta misma dirección se inclina el sociólogo de la Complutense Rafael Díaz Salazar: «Hoy día sabemos dónde están los problemas del mundo. Los conocemos y los tenemos muy estudiados. Sabemos cuáles son sus causas. Sabemos qué hay que hacer. Está el *Informe Pearson*, con lo que había que hacer en la década de los 70; el *Informe Brandt*, con lo que había que hacer en la década de los 80; el *Informe de la Comisión Sur*, con lo que había que hacer en la década de los 90. Y además están las siete últimas cumbres mundiales con sus programas de acción» (11).

Todos estos informes y cumbres ¿qué han cambiado? No se puede decir que no sirvan para nada, ya que indican la dirección en que hay que avanzar. Pero, cuantitativamente, el cambio más claramente observable es que sigue creciendo la brecha que separa a países ricos y pobres, como lo atestiguan los últimos *Informes de Desarrollo Humano* publicados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

El *Informe de Desarrollo Humano 1998* dice, por ejemplo, cuánto dinero haría falta para conseguir el acceso a las necesidades básicas (en alimentación, agua potable, educación y salud) de toda la humanidad: bastaría con el 4% de las 225 principales fortunas del mundo. Dicho de otra manera o con otras cifras: satisfacer las necesidades sanitarias y alimentarias de quienes

(10) Obra citada, p. 27.

(11) Obra citada, p. 41.

todavía no las tienen cubiertas en todo el mundo sólo costaría 13.000 millones de dólares, que es menos de lo que los europeos y norteamericanos gastamos en perfumería.

Estas páginas han incidido mucho en los aspectos éticos y políticos del conflicto Norte-Sur. Casi me siento obligado a pedir excusas por haber hablado del principal problema material, humano y, por tanto, ético, que tenemos planteado en estos últimos lustros del siglo XX.

No era mi intención practicar el moralismo, pues estoy convencido de que limitarse a dar lecciones de moral a los demás es una de las mayores ilusiones. Como dice un filósofo actual, «la moral sólo es válida para uno mismo; para los demás, basta con la misericordia y el derecho» (12).

No pido, pues, disculpas por haber llevado la reflexión al plano ético. Hoy, cuando la tecnociencia triunfa en todos los terrenos, los graves problemas que todavía padecemos no se deben a una insuficiente aplicación de la tecnociencia, sino a la ausencia de planteamientos éticos.

El deber ser, es decir, el ideal, la utopía son paisajes poco visitados en nuestros días. Pero forman parte de nuestro mundo humano. Como decía el romántico Lamartine, «las utopías no son más que verdades prematuras». Algún día estas verdades encontrarán un lugar en nuestro mundo.

(12) André Comte-Sponville, *Pensées sur la morale*, Albin Michel, París, 1998, p. 10.